



Los participantes en la Ruta Solidaria se reunieron para escuchar el testimonio de los cooperantes internacionales. :: BORJA AGUDO

MIGUEL GONZÁLEZ
SAN MARTÍN

EFFECTO BUMERÁN



Si lo puedes soñar, lo puedes hacer», dicen los jóvenes voluntarios que vuelven a casa después de participar en viajes solidarios en los que han sido verdaderamente felices ayudando en lo que han podido a la pobre gente de lugares diversos, Córdoba, Bolivia, Argentina... y también de más cerca. La pobreza, la enfermedad y el desánimo se encuentran a menudo a la vuelta de la esquina. En todas partes hay razones para la infelicidad, pero también para que surja el perfil más noble de la especie. La miseria es grande en países lejanos o aquí al lado, la desigualdad es tan vieja como el mundo, y sin embargo no para de crecer. La generosidad va y viene, vuela como un bumerán, vuelve a la mano de quien la practica en un viaje de ida y vuelta sorprendentemente satisfactorio. La entrega desinteresada multiplica sus dones, satisface a quien la da tanto como a quien la recibe.

Nos han tocado, decía Borges, quien nació en un país «también» llamado Argentina, tiempos difíciles, como a casi todos los hombres de la historia. Es así, siempre lo fue, hubo tiempos incluso mucho peores, incomparablemente más oscuros, pero no hay que resignarse ni entonces ni ahora, en todas partes hay razones para la tristeza, pero es verdad también que en cualquier momento, en los tiempos y los lugares más deprimentes surge un rasgo de generosidad desinteresada que nos redime y nos hace confiar de nuevo en el futuro.

Los mejores de entre nosotros no dejan nunca de hacer lo que pueden por la pobre gente y la gente en general, sin alardes, del modo más natural, sin darle importancia. No sé si el altruismo se enseña, se aprende, o viene de fábrica, pero seguramente es una buena experiencia, todo un regalo, ofrecer la oportunidad de practicarle, darles a esos muchachos voluntarios la oportunidad de ejercitarlo cuando aún son jóvenes y por tanto soñadores, generosos, idealistas, desinteresados, ingenuos en el más noble sentido. No es fácil cambiar el mundo, pero eso no significa que renunciemos a mejorarlo un poco cada día, en la modesta medida de lo posible.

Las vacaciones son para ayudar

Con la llegada del verano, alumnos de La Salle Bilbao marchan a lugares como Córdoba, Bolivia o Argentina para ofrecer su apoyo

:: JUDITH ROMERO

BILBAO. Con el mes de julio llega el calor y la mayoría de colegios echan el cierre. Otros abren sus puertas una tarde de domingo para recibir a los treinta chavales que acababan de regresar de la Ruta Solidaria de nueve días por distintos hogares y asociaciones de Bizkaia y Gipuzkoa. Con las mochilas y esterillas aún en el suelo, estudiantes de 16 años de La Salle Bilbao se reunieron para escuchar el testimonio de los exalumnos del centro que en 2015 viajaron a San Salvador de Jujuy, Argentina, en una experiencia de voluntariado internacional.

«Si lo puedes soñar lo puedes hacer», es la frase que decidieron dejar como recuerdo de su visita en una de las paredes de la escuela que adecentaron. Estos cuatro cooperantes en edad universitaria llevaron alimento a ancianos y su afecto y apoyo escolar a los niños del barrio Malvinas Argentinas durante cinco semanas, suficientes para descubrir una realidad muy distinta a la suya. La provincia de Jujuy cuenta con una de las tasas de suicidios juveniles más altas del país: provenientes de familias desestructuradas, las drogodependencias los vuelven vulnerables. «Los chavales pasan el día en el colegio porque no tienen adónde ir», recordaron los voluntarios.

Felices a pesar de vivir en casas sin ventanas ni techo, esta comunidad les proporcionó un cariño inesperado. «En el momento de irte no quieres, y eso te da que pensar. Cuando volváis, será lo mejor que hayáis hecho en vuestra vida», recomendó

Jaione de la Puerta a los once miembros de Jende Xumea II (gente pequeña), el grupo que les ha relevado en su compromiso social. Actualmente se encuentran en uno de los más de sesenta orfanatos de Santa Cruz de la Sierra, ciudad boliviana en la que cada año 300 niños son abandonados. Estos estudiantes de tercero de carrera, algunos de ellos monitores del proyecto de tiempo libre de La Salle, recogen al fin los frutos de dos largos años realizando actividades de recaudación.

Una vez terminan el bachillerato y deciden cuál será su destino, los recién titulados se enfrentan al reto de sufragar el pasaje. Volar a Bolivia puede llegar a costar mil euros, por lo que necesitan planificar actividades y dedicar gran parte de su tiempo libre a alcanzar este objetivo. Forrado de libros, animación de fiestas, venta de bocadillos... todo un largo proceso que, sin embargo, les llena. «Aunque finalmente no hubiera podido hacer el viaje, el camino ya me habría compensado», confesó Mikel Celada a sus compañeros antes de embarcarse en su aventura por Latinoamérica.

El objetivo de reuniones como esta es que, tras volver de la Ruta Solidaria, los alumnos más jóvenes no pierdan la ilusión por este tipo de actividades. En su recorrido de Irún a Bilbao tuvieron la ocasión de conocer de cerca el trabajo de los monitores que tratan a toxicómanos, prostitutas y personas en riesgo de exclusión social. «Te das cuenta de que tienen problemas mucho más graves que los nuestros», reflexionaba Aitor García tras visitar lugares como Gautena, la Asociación Gipuzkoana de Autismo, o Bizitegi, en Bilbao. La primera experiencia de este tipo que han vivido les ha marcado. «Hasta ahora no sabíamos las ganas que teníamos de hacer estos viajes», afirmaba Nerea Arias. Ambos estudiantes están decididos a visitar el barrio



Un grupo de exalumnos viajó a San Salvador de Jujuy. :: LA SALLE



Visita al conflictivo barrio de las Palmeras, en Córdoba. :: LA SALLE

de las Palmeras, una de las zonas más marginales de la ciudad de Córdoba, el próximo verano.

Construida como una solución provisional a las inundaciones del Gualdalquivir en 1963, la barriada está castigada por una alta tasa de desempleo y los taxis no se atreven

«En el momento de irte, no quieres. Cuando volváis, será lo mejor que hayáis hecho en vuestra vida»

a entrar en ella. Raquel García y Sergio Pino, hoy en Bolivia, recuerdan con cariño las dos semanas que pasaron en la escuela de verano de Estrella Azahara el año pasado, aunque admiten que al principio el lugar les intimidó. Dormían en las instalaciones de la asociación y no se movían solos por la zona, «pero sabían que ayudábamos a sus hijos y nos acogieron». Conscientes de que sus veranos no van a cambiar el mundo, los voluntarios aseguran que estos proyectos les ayudan más a ellos que a las personas que visitan, ya que les enseñan «otras maneras de vivir».